

“María, que supo descubrir la novedad que

JESÚS traía, cantaba: “Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador”

(Gaudete et exsultate, nº 124.)

“Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mí lo que has dicho” Lc.1,36.

Y así hizo posible la mayor obra de la Historia. Debemos despojar a María de tantos añadidos como le hemos puesto. No critico la devoción mariana a *santuarios y ermitas, ni el recuerdo agradecido a las Patronas de los pueblos y ciudades*, todo es bueno con sentido de proporción, pero por encima de todo, me dejo deslumbrar por la acogida que María ofreció al plan de Dios en la Historia. Ahí encuentro, que solo si cultivamos una actitud de apertura a la realidad que nos llega en cada momento, podemos dar una respuesta creativa y no repetitiva, al plan de Dios en la Historia. No hay ni juicio, ni sospechas en la Virgen. No entiende casi nada de lo que le dice el Ángel, pero sabe que el Dios que se ha revelado a su pueblo, es SU SALVADOR. Y ella conoce quién ES: “Yo soy la esclava del Señor”. Sabe que su pueblo, en muchas ocasiones, ha sido infiel a las llamadas de su Señor, y ella, se pone al lado de los pequeños, de los pobres del Reino, de los que desean hacer la voluntad de Dios . Esos que más tarde, provocarían la alegría de Jesús:

“Te bendigo, Padre, porque lo has revelado a los sencillos”. Mt.11,25.

El corazón pobre y disponible como el de María, puede recibir cualquier revelación en estado “naciente”, cuando Dios se revela como el Dios de lo imposible. El saber altivo e impositivo, nublan la mente, y limitan esta apertura al Dios que se revela y se nos revela. Juan de la Cruz, nos habla abundantemente de lo que hacen los “apetitos” en nuestra vida. Sé por experiencia que nuestro conocer está relacionado con nuestra disponibilidad ante la vida. Para conocer hay que abrirse, lo cual implica dejar entrar. Eso es lo que nos enseña María: dejar su espacio desalojado,

para que Dios siga habitando en nosotros. Y para que no enturbiemos, con nuestros pensamientos “cortos” el Misterio de Dios, ni de las personas.

Veo por experiencias personales y colectivas vividas, que el Señor, como a María, nos está encaminando a una mística real, según la cual se nos abre un nuevo acceso a la realidad. Ya no está vigente el mito de las mayorías influyentes y de una devoción clásica, ni el predominio de la razón, sino que nace una mirada que proviene de la búsqueda paciente, de un silencio mantenido por la esperanza, que escucha la realidad y se abre a la comunión. Esa es María, viviendo a nuestro lado y haciendo Comunidad.

“Todos ellos perseveraban en la oración y con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos”. Hechos,1,14.-

Montserrat de la Cruz.

Mayo 2018.